

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Luisón está malín

Autor/es:
Company, Juan M.

Citar como:
Company, JM. (2002). Luisón está malín. La madriguera. (48):75-75.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42074>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



LUISÓN ESTÁ MALÍN

CRÍTICA

Carne de gallina
Javier Maqua
España, 2001

A Vicente Ponce, porque sí

Un vacilante chorro de orín procedente de una micción masculina captada en plano de detalle antecede a los insertos de un spray antiasmático aplicado a la boca del miccionador y al encendido, entre agónicas toses, de un puro de generoso calibre: Javier Maqua inicia su película con este llamativo *montaje de atracciones* eisensteniano que pronto evidenciará, sin embargo, el irrisorio abismo que se abre entre enunciación y enunciado. La metonimia visual no está al servicio de ninguna épica proletaria; antes bien, designa un cuerpo enfermo: el de Luisón, prejubilado minero de la cuenca hullera asturiana, con cuya pensión subsiste una numerosa familia de cantamañanas. *Carne de gallina* levanta elocuente testimonio del desmantelamiento económico, laboral y moral de una clase obrera a la que sólo le queda la memoria de sus luchas del pasado. Nos hallamos ante un film de cadáver recalcitrante, que no se deja enterrar fácilmente— "La cuenca minera es uno de esos cadáveres", ha dicho Maqua (*Cartelera Turia*, nº 1984, p. 90. Valencia, 8/14 febrero 2002)— y que, antes de pasar al estado inerte entre los brazos de una prostituta, se despedirá de este mundo evocando, precisamente, viejas y reivindicativas batallas.

La imaginaria del film evoca, en nuestra memoria de espectadores, la de *El pisito* (Marco Ferreri, 1958) o *Plácido* (Luis García Berlanga, 1961); el protagonismo es coral, la anécdota argumental negrísima y el comportamiento del grupo social descrito se rige por la picaresca del aprovechamiento, el beneficio rápido y el *sálvese quien pueda*. Subrayo estos aspectos porque la singularidad de *Carne de gallina* reside, precisamente, en su muy decidida *vocación de estilo*: frente al romo naturalismo del que hace gala Ken Loach

(autor oficial, mal que le pese, de un cine obrerista/informativo de más que previsibles resultados) Maqua esgrime una perfilada dinámica de contrastes de la que sería buen ejemplo ese plano largo —similar, en intenciones, a uno (memorable) de Eloy de la Iglesia en *El pico* (1983)— que muestra a la familia (des)unida (y ya con el muerto en casa) en torno a la mesa mientras en la radio se oye un huero parloteo oficial sobre la caída del euro y los nuevos desafíos de la globalización.

Carne de gallina es, digámoslo en román paladino, una película *roja*: por debajo de su esperpéntica trama argumental subyace un discurso que replantea, ni más ni menos, la lucha de clases entre nuevos sectores sociales dirigentes —representados por el médico encargado de certificar el deceso que esgrime tesis gubernamentales sobre la reconversión industrial de la cuenca minera— y unos obreros resucitadores de los viejos valores de la solidaridad y la rebeldía ("¡Vamos a correr maderos!"); signos con los que, en el tramo final (y perfectamente serio) de la película se recubre el cadáver de Luisón. Alfons Cervera ha subrayado cómo en el film todos se nutren de la impostura y el engaño para superar sus propios ascos, pero "...los de arriba mienten para vivir mejor en su impostura; los de abajo mienten para sobrevivir en esa vida imposible a que les condenan la economía única, el pensamiento único, el cine único, la literatura única, el gobierno único, la felicidad única" (*Cartelera Turia*, nº 1985, p. 3. Valencia, 15/21 febrero 2002). Hasta el final mantiene el realizador su elocuente postura crítica: a Luisón se le entierra a los vibrantes acordes de *Bandiera Rossa* interpretada por una orquestina de gaiteros (¡!) ...mientras



la sintonía de llamada de un teléfono móvil —*Asturias, patria querida* (¡¡!!)— preludea una conversación de negocios de Gellín, el trapacero hijo mayor de Luisón, donde se le ve muy dispuesto a reemplazar su ruinoso discoteca por un Museo del Holocausto Minero (*sic*) con el que atraer al turismo...

Carne de gallina ilustra, también, la paradoja de que, tratándose de un film popular (y, si me apuran, nacional-popular en un sentido gramsciano) ha sido literalmente arrancado de los cines donde se proyectaba merced a los usos mercantiles de la distribución y exhibición, cuya picaresca nada tiene que envidiar a la de la familia Quirós. Se trata, pues, de una película maldita que es necesario rescatar de su marginación. Espacios culturales alternativos, entidades cívicas, partidos de la izquierda (parlamentaria o no), organizaciones no gubernamentales, filmotecas y otros lugares donde el cine sea considerado como producto de la inteligencia (y no de ese avatar del fascismo ordinario llamado banalidad) deberían dar muestra de su vitalidad y sus reflejos emprendiendo dicha labor de rescate.

Juan M. Company